

CONEJO NEGRO, CONEJO SECRETO

Patricia Suárez

Érase una vez un Mago que decidió emplear en su truco un Conejo. Fue a una tienda de mascotas y buscó por todos lados un conejo blanco. Había perritos pompón, gatos de Siam, infinidad de ratones blancos. Sin embargo, el único conejo que tenían en la tienda era negro. Y el Mago compró un conejo negro.

El Mago le armó una jaula encima de sus baúles y serruchos de mago. Le puso zanahorias, para que se alimentara como todos los conejos del mundo. Estaba seguro de que ambos serían muy felices. Explicó con detalle en qué consistía el truco: el Conejo Negro estaba escondido apretujado dentro de la galera y cuando el Mago hacía toc toc en el ala del sombrero, el Conejo tenía que estirar sus orejas para que el Mago lo sacara de allí y...

¡Magia! Ensayaron el truco un montón de veces y funcionaba a las mil maravillas.

El viernes por la noche era el show. El Mago llegó a horario, se metió dentro de su frac con pajarita y lustró la varita mágica. El Conejo Negro se metió bien arrugadito dentro de la galera, escondido. El público eran decenas de niños y algunos padres, que bostezaban porque los padres siempre se aburren cuando hay trucos de magia. Ellos no creen en la magia. El Mago hizo el truco de los pañuelos y los niños aplaudieron. Luego, vino el truco de serruchar a un participante. El Mago metió dentro de una caja a una niña pecosa y de largas trenzas coloradas. La serruchó, pero ¡magia!: la niña quedó entera. Y después, por fin, fue el truco del Conejo. El Mago dijo: “Nada por aquí, nada por allá”. Agitó la varita en el aire y después hizo toc toc. El conejo, tal como habían acordado, estiró sus orejas. Y el Mago lo sacó de las orejas y lo mostró al público.

///

///

Pero... ¡oh!

El público no aplaudió.

La gente no veía a ningún conejo. Sucede que el conejo negro era tan, pero tan negro, que no podía verse ni aun cuando lo enfocaban las luces de los reflectores. El público empezó a chiflar. Los padres pidieron el dinero de entrada de vuelta, porque este show era un fiasco.

Los empresarios del teatro echaron al Mago, a menos que consiguiera otro conejo. Uno blanco, como los que usan todos los magos del universo, para el truco de la galera. El Mago y el Conejo Negro estaban desolados y el Mago le explicó que ya no podían seguir juntos.

Era inútil hacer un truco que nadie aplaudía. El Conejo se sintió muy triste. El Mago se apenó por su amigo. Y decidió que no lo echaría a la calle, sino que lo dejaría vivir en la galera. Después, fue a la tienda de mascotas y compró un hámster blanco de ojos rojos, que se llamaba Raúl y tenía muy mal carácter. El hámster hacía el truco de la galera a la perfección. Y aunque no le gustaba ni medio compartir la galera con el Conejo Negro, allí echado, lo aceptaba. Raúl era un hámster con una gran autoestima.

Al viernes siguiente, cuando el Mago volvió a hacer el truco de la galera y sacó de allí al hámster Raúl, la gente aplaudió como loca. A decir verdad, tanto los niños como los grandes apenas si veían un pompón de pelos, pero supusieron que era un conejo enano. Era preferible, al parecer, un conejo enano al Conejo Negro.

Mientras tanto, el Conejo Negro siguió viviendo dentro de la galera del mago. Al principio, no tenía mucha idea de qué cosas hacer ahí dentro. Pero pronto descubrió que en el fondo falso que tiene toda galera de mago, estaban los conocimientos mágicos. Eran diminutos libros escritos con tinta mágica y que solo podían ser descifrados por los ojos de una criatura pequeña. El Conejo Negro fue aprendiendo así todos los secretos de la magia.

Y estaba en camino de convertirse en un gran Mago. Un día, probó un hechizo: transformó a Raúl, el hámster, en un periquito que decía, como todos los periquitos: “Papita para el loro” y “Perico quiere la papa”. Otro día, la mano del Mago se convirtió en un ramo de anémonas. El Mago casi se desmaya cuando vio su mano hecha un ramo de flores; asustado, vol

///

///

vió a meterla en la galera y salió corregida, vuelta otra vez mano humana con cinco dedos.

Así, el Conejo Negro fue convirtiéndose en un mago muy sabio.

Raúl, que salió al escenario en varias formas diferentes desde sapo verrugoso a frasco de mayonesa, ya tenía verdadero temor de entrar a la galera para el truco y presentó su renuncia formal. Se trataba de un telegrama que decía: “Desde la fecha de hoy, renuncio a mi puesto de trabajo como ayudante de mago”. Fue un momento muy desesperante. ¿Qué habría de hacer ahora el Mago? ¿Qué pasaría con el show?

El Conejo Negro asomó su hociquito de la galera y le explicó los detalles. En todo el tiempo que había estado dentro del sombrero, había aprendido a hablar la lengua de los humanos, y encima, lo hacía en castellano. No fue dificultoso, entonces, para el Mago comprender las ideas del Conejo Negro.

Primero, consiguieron una galera más grande. El Mago comenzó a hacer ejercicio todas las mañanas y al cabo de dos semanas sus músculos estaban muy flexibles y podía meterse dentro de una galera del tamaño de la cacerola en que tu mamá cocina el guiso. El Conejo Negro se puso una pajarita blanca en torno a su cuello y con unas horquillas pegó sus orejas al cráneo; así no se notaba que él era un conejo. Cuando subió al escenario la gente aplaudió como loca. Les pareció que el mago era un poquitín pequeño y con aspecto extraño; tal vez fuera un enano. Era preferible pensar que el mago era un enano, a que fuera un conejo negro. El Conejo Negro hizo el truco de los pañuelos y el de serruchar a alguien del público; los dos trucos le salieron – ¡qué alivio! – muy bien y con mucho éxito.

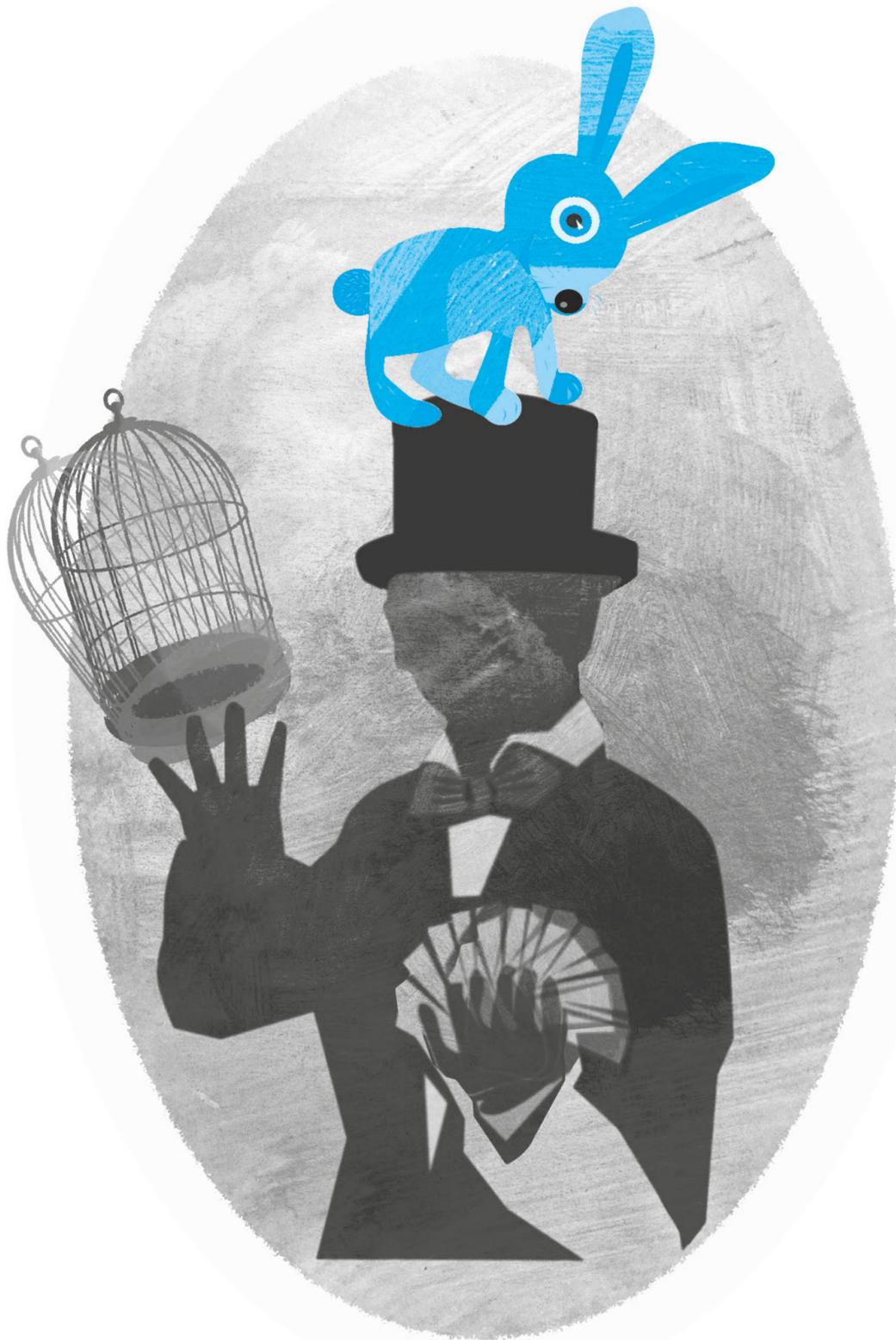
Y después, hizo el truco de la galera. Toc toc, golpeó con su varita en el ala del sombrero y ¡voilà!, como dicen los franceses, salió de allí una persona blanca, con dos orejas muy largas, haciendo vibrar los bigotes de su hociquito. Los niños rieron y los grandes aplaudieron hasta que se les pusieron rojas las palmas de las manos. Después, felicitaron al empresario del teatro, por haber contratado un mago tan poderoso en sus trucos de magia.

Y la gente nunca, nunca se preguntó por qué el conejo blanco eran tan enorme.

Ni por qué el mago era tan pequeño como un conejo negro.

///

///



© Patricia Suárez
Ilustraciones: Mónica Pironio

Patricia Suárez nació en Rosario. Es dramaturga, narradora y escritora de libros para niños. En 1997 recibió el Premio Monte Ávila por su libro *Historia de Pollito Belleza*. Ha publicado: *Habla el Lobo*, *Habla la Madrastra*, *El rey Anatol*, *Boris Orbis y la vieja de la calle*, *El príncipe Durazno*, *La verdad sobre Pinocho*, *Anita Belén se convierte en actriz*, *El regalo de Samanta*, *Guiso de brujas* y *Cien cuentos*, entre otros títulos. Este cuento se publicó por primera vez en la revista *Billiken*.

En: *Leer x leer 2, lecturas para compartir en voz alta*. Buenos Aires, Plan Nacional de Lecturas / Ministerio de Educación, 2021.